

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 750 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fisher, 21-Park Row.—Berlin, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46-49.—La correspondencia al Administrador

MAS VERDADES

LA POLITICA REPUBLICANA

Exponente y réplica

“La República” con una incorrección a que no nos tenía acostumbrados, se ocupa para rechazarlas, de las apreciaciones que hicimos en uno de nuestros artículos anteriores, sobre la ingerencia de la política conservadora, y mejor aún, la persona de su jefe señor Maestre, en la gestión de las de más agrupaciones ó partidos locales, incluyendo al republicano.

¿Y qué decíamos? Que hay republicanos que se dan nombre de tales, y que no lo son, ¿faltamos á la verdad? Creemos que no, porque esas apreciaciones nuestras, se escuchan á diario como producto del común pensar de las gentes, y “La República” misma las hace suyas, y aun las resalta expresando que “Cartagena conoce el grado de republicanismo que poseen aquellos señores”. Luego existen, luego estamos en lo cierto, luego “La República” ha cometido una verdadera impertinencia, no tanto en sentirse molesta, sino en manifestar su contrariedad apelando á groserías de lenguaje á que no nos tenía acostumbrados.

Ya El Eco, de anoche, con su cumplida y oportuna réplica, en nombre de todos los electores, uno de los cuales es X, que por su parte promete también no ocuparse más de “La República”, si continúa colocándose al bajo nivel de libelo incapaz de sostener una polémica de carácter público, sin ofender á las personas, y sin faltar á la decencia y al buen gusto.

Algo sabemos nosotros de política republicana, y no prescindiremos de exponer el juicio que nos merece, sin temor á actitudes ridículamente bélicas, ni á desplantes más ó menos bufos.

En Cartagena hay muchos republicanos, tantos que acaso sea la idea política que cuenta con mayor número de adeptos. Pero están fallos de organización, y entre ellos la discordia, las rivalidades personales, las luchas de la vanidad y sobre todo las apostasías, vienen impidiendo su constitución como partido; manifestándose al contrario en una serie de grupitos y

esos republicanos que hoy aplauden al firmante y sostenedor de aquella campaña.

Ya después de muerto Prefumo, en 1903, se produjo en España aquel movimiento de opinión del que surgió el partido de “La Unión Republicana”, que como es natural repercutió en Cartagena; pero también fracasó la reorganización del partido, bajo ese nuevo programa, porque los mismos elementos que combatieron á Prefumo, trataron de aprovecharse para sí y sus aspiraciones, de tal movimiento y la opinión republicana les hizo el vacío.

Era natural. Esos elementos habían poco antes desertado del republicanismo, para ingresar en el monárquico partido canalejista, cuando aquí se constituyó bajo la base de D. Ricardo Spottorno.

Y después de esa deserción, los republicanos no podían tener en quites volvieran del campo monárquico para babiljarse de nuevo en la bandera republicana. Así fracasó el partido de “La Unión republicana” como fracasaron otras tentativas de organización que posteriormente se hicieron.

Elementos prestigiosísimos de esta ciudad, y algunos de La Unión, entre ellos el hoy jefe del partido liberal monárquico vasista D. Juan Martínez Comesa, hicieron venir á D. Nicolás Salmerón, hijo del insigne hombre público del mismo nombre, ya difunto, para que se pusiera al frente del partido republicano.

Entonces también se inició la reorganización desahada, nombrándose jefe á Don Hipólito Calderón, de inolvidable memoria; pero entonces también el Sr. Vaso, no se prestó nunca á reconocer ningún partido ni ninguna política que no encomendase á él la jefatura, y que desertando del canalejismo habíase declarado de nuevo republicano, promovió otra disidencia, que fue causa de que Clementina despareciera, y aquellos nobles intentos de los republicanos sinceros, se vieran malogrados.

Por razón de esas luchas intestinas, el partido republicano permaneció disgregado, y cuando se formó el bloque determinados elementos ingresaron en él, otros no pudiendo moverse en la esfera de acción correspondiente á sus ideas, se abstuvieron de adherirse, y adhesión ó afecto personal al jefe del partido conservador, ó bien por animosidad al Sr. Vaso ó á su política, algunos abandonaron la vida activa, y los demás distraen sus ocios combatiéndose por sus respectivos idolillos, y destrozándose mutuamente.

Así está el partido, y es lástima, porque á parte de la masa que habría de purificar muy importante en número, cuenta con figuras prestigiosas, que si depositaran sus personales egoísmos, podrían hacer reverdecer los buenos tiempos del republicanismo local.

Así está el partido, y es lástima, porque á parte de la masa que habría de purificar muy importante en número, cuenta con figuras prestigiosas, que si depositaran sus personales egoísmos, podrían hacer reverdecer los buenos tiempos del republicanismo local.

Mega, Marín, Prado, Ros, Bonmati, Serrano, Escudero, y sobre todos Rodríguez Valdés, están obligados á encauzar esas fuerzas, para que actúen provechosamente en la política local.

¿Lo harán? “La República” tiene la palabra.

X.

En el Capitolio

El Presidente se sienta, satisfecho, en el sillón, dice: “¡se abre la sesión!”

y hay rumores de tormenta. Lee el acta el Secretario,

en voz baja y muy deprimida, se oye alguna que otra risa...

estornuda un incendiario. Pide la palabra un pollo,

se la niega el Presidente, murmura el pueblo impaciente...

y se suena Claudio Frolo. Orden del día.—Protesta!

Sobre el acta quiero hablar. No es ya ocasión á callar!

Figuro lanza un denuesto. Se levanta el bravo Espin,

de Alcaraz mira al espacio, tiembla un momento el palacio,

y entra, inviolable, Pepin. El público se aborota,

al ver á su diputado, y un chulo grita: ¡Qué honrado!

En la cara se le nota. Más, decidido, interviene,

y agita la campanilla, aplaude la camarilla.

Y ¿ese señor á qué viene? exclama aparte un guindilla.

El leader conservador al de Alcaraz acomete, éste se soba un juanete y no cambia de color.

Acaba aquel su discurso, se yergue su contrincante,

y con lenguaje incitante desentenece al concurso; trémulo tartamudea el barbilindo rapaz,

y un golfo chillá: Alcaraz, el bicho pide pelea.

Se cree el niño al empuje

de su soberbia oratoria y exclama el pueblo: Mi gloria,

tú has venido, y yo te traje. Se rinde el letrado al fin,

el conde se se seca, y se acaba la jaqueca del sabio D. Pirlimpín.

Dos caballeros se insultan, otros dos se descomponen,

y á dar palos se disponen dos del orden que se ocultan.

El público despotrica y pateo y se enfurece,

y un reventador parece y se desmaya una chica!

El Alcalde se incomoda y echa fuego por los ojos

y lo cabrean los rojos, mientras bebe Néctar—Soda

—¡Que despejen el salón! ordena con voz de trueno

y Vaso arguye, sereno; Sóy padre de la Nación!

Se retira Apolinario, se despeza Piñero,

se cala Anays el sombrero y Madrid va al urinario.

En el campo de Agramante, se oye una voz atiplada

que pregona; ¡Horchata helada!

Manzanilla purgante. La guardia municipal

entra en la sala de fiestas, hace crugir varias testas...

y se acaba el festival.

¿Y esta es la gestión del bloque? V su obra imperecedora?

Y el país del aldroque ¿no tiene sangre torera?

Casa de tócame Roque, hoy convertido en gatera,

aplasta á tanto alcornoque, peor que gente forastera.

X Y Z.

TRIBUNAL LIBRE EL PRIMER TRIUNFO

Si el primero de una interminable serie ha sido el éxito obtenido por la naciente Juventud Conservadora de Cartagena con su acto del domingo.

Difícilmente podrá hallarse, rebuscando la historia de tales actos, mayor cantidad de entusiasmo, mayor fé en el ideal, más pura intención que la intención, la fé y el entusiasmo de los que con su presencia allí, el día 3, demostraron lo que vale y representa en Cartagena el partido liberal conservador.

El que estas mal pergeñadas líneas escribe puede decir de sí que ante acto tan imponente, que ante manifestación tan sincera de la opinión cartagenera en pró de ideal conservador, ha sentido en las fibras de su corazón patriota un escalofrío de entusiasmo que aun perdura en su alma y perdurará mientras nuevos triunfos y legítimos éxitos no vengan á renovar ese aura salvadora que su espíritu respira...

Cuando oíamos á aquel plantel de jóvenes ilustrados, cultos, meritísimos expresarse con términos sinceros, con elocuentes términos, con frases de viril energía como viril es la edad de los que la poseen; cuando escuchábamos, arrebatados por elocuciones en flor que pronto estarán en sazón de dar frutos de verdadera maestría en la oratoria, aquellos cálidos párrafos de elogio, de admiración, de respeto á don Antonio Maura, á don Juan de la Cierva, á don José Maestre y á todos nuestros prohombres políticos; cuando impresionaban nuestros oídos las contundentes demostraciones, las energías reprobaciones de políticas viles que en España y en Cartagena anidan; cuando todo eso, en fin, extasiaba nuestro ser hasta el punto de abstraerme á todo otro asunto, pensábamos en días mejores para la Patria grande, en más prósperos días para la Patria chica.

Y es que aquellos elocuentes párrafos del domingo—el articulista hace omisión de su modesta intervención en el acto—eran el mañana, eran el porvenir, pero no dejaban de ser por eso el presente, el hoy.

Eran el mañana porque ellos son los gobernantes, ellos los legisladores futuros; eran el presente porque ellos son el conjunto, ellos el acicate de los legisladores y de los gobernantes de hoy. Y ved como en amigable consorcio encontráis el ayer, el hoy y el mañana. Porque esos jóvenes, esos valientes y denodados jóvenes llevan en su ideal la tradición, la santa tradición de días que pasaron porque pasar habían, de hechos que acaecieron porque Dios los tenía predestinados. Pero al lado de esa tradición, conviviendo con esa tradición aparece el presente con todas sus naturales, con todas sus lógicas conveniencias; y esas almas juveniles saben hermanar á maravilla aquella tradición santa y este santo progreso, aquella rancia manera de ser con esta novísima complejión social.

Y algo más grande que el pasado, que bulle en su sangre con recuerdo indeleble; algo más que el presente que

te (1) y la flota saliente del Castillo. Vendió también una fragata aparejada en corso, que acabó en brasa á dar Pérez de Aguilera á algunos esforzados capitanes, que, don permiso de S. M., no iban surcar los mares á caza de piratas berberiscos. Aquella hermosa embarcación solía rendir muy pingües beneficios á su amo por la parte importante que en las presas á éste correspondía. Estas das ventas, y la de algunas casas de la población, le permitieron adquirir una grandísima fortuna situada en el Vedal, (2) llamado entonces de la Gracia, é hizo labrar una espaciosa casa á la que fué á vivir acompañada de su esclava. Pero aquella clausura en medio de desiertos montes, no pudo libertarla ciertamente, del infamante castigo que las había obligado á desenterrarse; por el contrario, lo agravaron. Los campesinos llegaron á miradas, con un terror supersticioso y en su funesta se por lo fantástico y sobre natural, las creyeran malditas hechiceras y en íntimo contacto con Luzbel. Cuando les sucedió un fracaso, por ejemplo, la pérdida de una cosecha, cuando el inesperado lobo arrebatara sus ovejas, cuando una nube de granizo venía á truncar sus esperanzas, el desembarcadero de morla-

(1) Playa que después se llamó del Batel.
(2) Hoy diputación del Béal.

—Señora mía;—le contestó la esclava—no es hora de que legue, y además, —añadió,—si fuera el cirujano no ladraría Dragut; sabéis que el perro le conoce.

—¿Quién podrá ser?—preguntó la señora con añas.

En el instante en que iba á contestar la esclava la casa tembló bajo los reiterados golpes que volvió á descargar el hombre del caballo.

Sobrecogida la señora se cubrió el rostro con la ropa y exacerbándose su fiebre se quedó en ese estado de marasmo propio de los enfermos que están bajo la acción de un estado febril y pavoroso.

La esclava quedó inmóvil. Entonces una vibrante voz gritó tras de la puerta:

—Abrid con mil diablos, que estoy calado hasta los huesos; y sinó, vive Dios, haré saltar la cerradura en nombre de Su Majestad.

Y la esclava María, sobrecogida de terror, descorrió los cerrojos de la puerta, y el viento huracanado que penetró por ella, metió la luz de una bujía que llevaba en la mano, quedando envueltos en la sombra el que llegaba y la que abría.

Pero el eclipse fué instantáneo. Se iluminó el espacio con la electricidad que

cruz con su convulsa y temblorosa mano. Este ejemplo confirmó desde luego, la tristísima fama que alcanzaron las misérrimas mujeres, víctimas de una época de ciego fanatismo y de degradación moral.

Siete años transcurrieron en tan penosa situación: María de Gracia contaba veintitres y el esplendor de su belleza había llegado á su apogeo.

En medio de una noche tormentosa, un hombre envuelto en anchurosa capa, se apeó de su caballo junto á la puerta de la casa en que vivían las envenadoras, y sacando la daga, descargó con su pomoso sendos golpes, caminando con ellos el infernal ruido de la rugiente tempestad.

Un gran mastín ladraba con furor tras de las tapias del corral, pero la puerta no se abrió.

A poco, el caballero, en su impaciencia, volvió á llamar de la manera más enérgica que fué posible al templo de su brazo.

Las envenenadoras estaban solas en la casa: el labrador que además de ellas la habitaba, había marchado á Poz Algor para llamar á un cirujano porque María Pizarro sufría una intensa calentura que la tenía postrada.

Cuando sonaron los primeros golpes, á pesar de su fiebre, dijo María Pizarro:

—Abre, María; sin duda llama el cirujano.